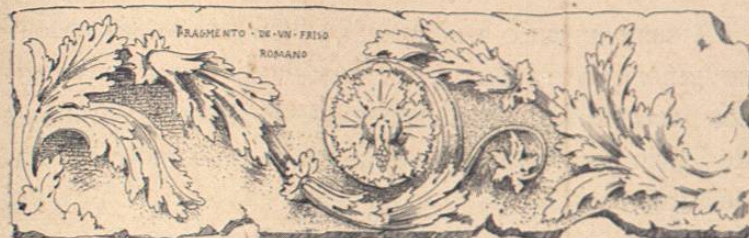
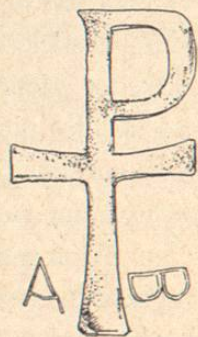


tanto en la visita del Colegio Pío Latino como en la asistencia al acto que acabamos de describir. Sin embargo, no hemos concluído todavía. Queda invitado el benévolo lector para asistir con nosotros á la clausura de la Puerta Santa.



CAPÍTULO IX

LA víspera de Navidad había llegado, y con ella despertaba Roma, ostentando por todas partes extraordinaria animación. Comenzaban las felicitaciones unidas de Pascuas y Año Nuevo. El correo transportaba obsequios y tarjetas de ciudad en ciudad y de aldea en aldea, teniendo los empleados escaso tiempo para atender al público. En suma, Roma entera se vestía de gala para recibir á los provincianos y á los extranjeros que por entonces la visitan.

En los escaparates de las casas de comercio se exponen diferentes artículos propios para regalo. Abundan los mosaicos, las carteras, los portamonedas, los álbums, las manteletas de seda, los libros y otros mil objetos que sería cansado enumerar.

A semejanza de los bizcochos llamados de *muerto* que se expenden en México, se venden en Roma los sabrosos *panettoni* de Milán. Agréganse á éstos los caramelos de Turín y otras muchas golosinas de diferentes ciudades italianas.

La propina, que en toda Italia llega á ser la verdadera pesadilla del viajero, se disfraza en Navidad con el nombre de regalo de Pascuas. Y en distintas formas, más ó menos correctas, piden sus Pascuas el *fachino*, el peluquero, el mozo de café, la camarista, la planchadora, la lavandera, y hay donde no se apena pidiéndolas el ama de casa.

Poca diferencia existe entre los *aguinaldos* de México y las *pascuas* de Roma; sólo que aquí se solicitan con exigencia y los pedigüenos no se conforman con unos cuantos *soldi*, sino que á fuer de filarmónicos se desviven por escuchar el retintín de las *liras* de plata.

Hemos dicho que la Navidad trae consigo grande animación á la Ciudad Eterna; mas á la propia del tiempo se une esta vez un acontecimiento notable, que hacía setenta y cinco años no se verificaba, y era la clausura de la Puerta Santa en las cuatro Basílicas Mayores. Pero como el Papa era quien personalmente debía cerrar la de San Pedro, hacia la gran plaza del Vaticano era á donde se aglomeraba mayor número de gente.

El año anterior, en la misma fecha, con toda la solemnidad que acostumbra la Iglesia en sus grandes ceremonias, el mismo Augusto Pontífice reinante abría la Puerta Santa, y con ella un tesoro de gracias espirituales. Había sonado la hora de cerrar aquella puerta, y la

solemne ceremonia iba á verificarse. La importancia de ese acto era indiscutible, y como terminase el jubileo con él, engendraba su proximidad un sentimiento de profunda tristeza, como el que produce mirar un bien perdido. No obstante, bueno es recordar en tales momentos con la fe del creyente, que la misericordia divina no se ha agotado, *et clausa porta patet charitas Christi*, y que cerrada la puerta se manifiesta la caridad de Cristo.

Permitió el Sér Supremo que fuésemos testigos de una ceremonia de gran significación, presidida por el egregio Pontífice que asombra al mundo con los esplendores del genio y con la aureola de las virtudes.

«La Providencia, en sus piadosos designios, — dice un notable publicista italiano — quiso que el santo Anciano fuese el eslabón, el vínculo suavísimo que ligase dos siglos; que fuese para el que muere ministro de perdón y de paz, y diese al que surge la santa inspiración que ha de conducirle á mejores destinos.»

Se acentúa más y más el movimiento en las calles de la ciudad. Dirijámonos con la muchedumbre á la gran Basílica. Lleguemos á la plaza circuída por las soberbias columnatas, y veamos lo que pasa. Los carruajes de la nobleza y del cuerpo diplomático, con sus escudos particulares y sus cocheros de rigurosa librea, penetran por el lado hacia donde se levanta la estatua de Carlo Magno. Los cardenales y los prelados se dirigen á la puerta de bronce. En cuanto á los peregrinos y á los demás invitados se les ve entrar ó por la sacristía, ó por la puerta de Santa Marta, según el color de las tarjetas que han recibido.

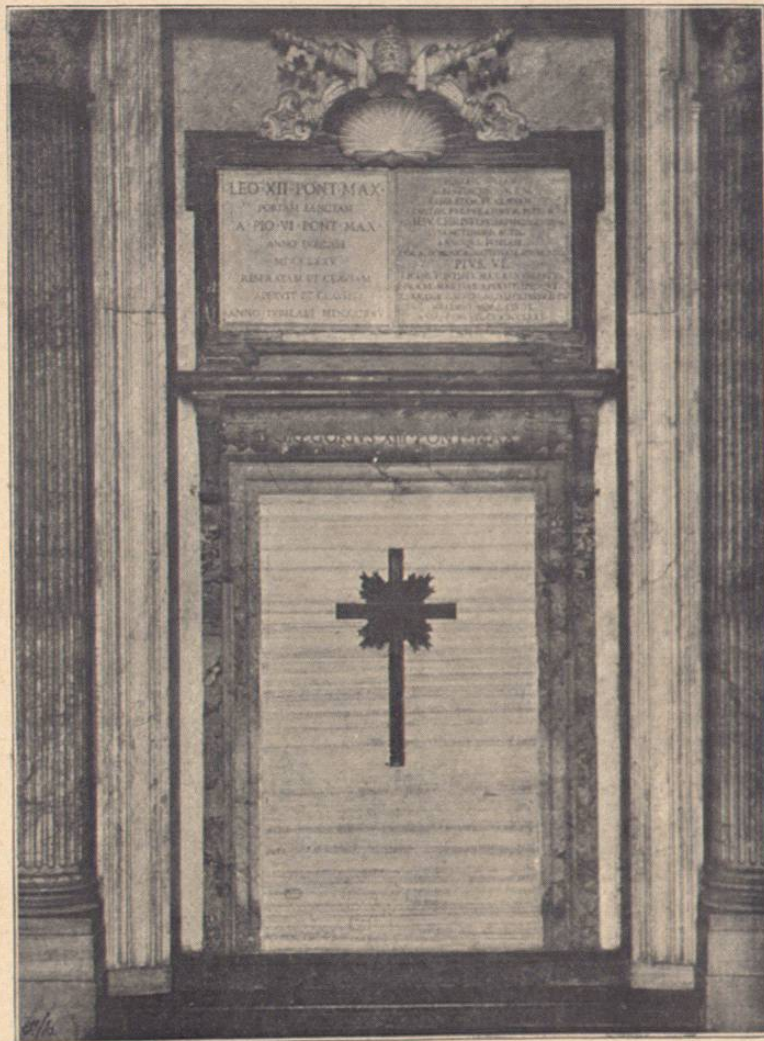
Como siempre que baja Su Santidad á la basílica Vaticana, la ceremonia se verificará á puerta cerrada. Para conservar el orden, la Cuestura ha dispuesto un servicio especial, y dos vallas, una de carabineros reales y otra de agentes de policía, se extienden al frente de la plaza, no permitiendo la entrada sino á los que presentan su tarjeta de invitación.

La ceremonia se acerca. Veamos lo que pasa.

A las once del día, revestido Su Santidad de sotana y muceta blancas, salió de sus habitaciones, en compañía de los altos funcionarios y de todos los miembros de la Corte pontificia, escoltado por su guardia noble y por su guardia suiza vestida de gala. Fué llevado en *portantina* á la sala de los ornamentos donde revistió los de su altísima dignidad. Allí se le reunieron los Eminentísimos señores Cardenales con los ornamentos propios de su Orden y ceñidos con la Mitra de Damasco, agregándose luego los Ilmos. y Reverendísimos Patriarcas, Arzobispos y Obispos con capa pluvial y mitra blanca, y los Abades con sus hábitos de estilo.

El Santo Padre, cubierto con la mitra, puso incienso en el incensario bendiciéndolo como de costumbre, y tomó de manos del Cardenal, Primer Diácono Asistente, un cirio encendido, siguiendo en procesión con todo su acompañamiento hasta llegar frente á la estatua de Constantino, donde ocupó la silla gestatoria.

Precedido siempre de todo el cortejo entró Su Santidad en la basílica, por la Puerta Santa, siendo saludado por los cantores de la Capilla Julia con la antifona *Tu es Petrus*. No bien había entrado cuando estalló en el sagrado recinto, como el día de la audiencia, un



LA PUERTA SANTA DE SAN PEDRO.

aplauso estrepitoso y un *viva* que llenó las naves del templo. No cesaron estas demostraciones hasta que el Santo Padre llegó al altar de la Confesión. Arrodillado, veneró las Reliquias Mayores expuestas con el ceremonial de costumbre, en la logia de la Verónica que se iluminó repentinamente con centenares de focos eléctricos. En seguida pasó á adorar al Santísimo Sacramento; que se había expuesto en la Capilla que le está consagrada, después de lo cual, levantándose, entonó la antífona *Cum incunditate exhibitis*, que fué proseguida por los capellanes cantores de la Capilla Pontificia. Se colocó de nuevo la mitra dirigiéndose al pórtico á pie, precedido de la procesión, siendo el último que salió por la Puerta Santa para subir á su trono, donde tomó asiento.

Mientras el coro repetía la antífona, el Santo Padre, quitándose la mitra y siempre con el cirio encendido en la mano, bendecía las piedras y la cal. Después del *Oremus* que empieza *Summe Deus*, entregó el cirio al Cardenal Segundo Diácono, y con la cabeza descubierta tomó el hisopo para rociar la mezcla con agua bendita, incensándola en seguida. Ciñóse de nuevo la mitra y arrodillado frente á la Puerta Santa recibió del Eminentísimo Cardenal Penitenciario Mayor la cazoleta con la cual tomó tres veces la mezcla del esquife, colocándose antes el mandil, y la puso en medio del umbral diciendo: *In fide et virtute Domini Nostri Jesu-Christi Filii Dei vivi*. Luego, poniéndola á la derecha añadió: *Qui Apostolorum Principi dixit: Tu es Petrus*. Por último, al ponerla hacia la izquierda, terminó las preces con las palabras: *Et super hanc Petram ædificabo Æcclesiam meam*.

La cazoleta de oro de que se sirvió Su Santidad tenía el mango de marfil incrustado de piedras preciosas, y le fué regalada por el Episcopado italiano. Tenía en la hoja el lema *Et clausa Porta patet charitas Christi*, y en el mango las armas de León XIII, las fechas de apertura y clausura del año jubilar y un festón de rosas.

Su Santidad colocó luego tres ladrillos, dorado el primero y plateados los otros, con inscripciones alusivas á la ceremonia. Al poner el primer ladrillo dijo: *Collocamus lapidem istum primum*; al poner el segundo: *Ad claudendam hanc Portam Sanctam*, y al poner el tercero: *Singulo Iubilæi anno reserandam*, bendiciéndolos al fin.

Entretanto los cantores dejaban oír el himno *Cælestis urbi Jerusalem*, que repetía el Padre Santo alternativamente con los Cardenales después de haberse lavado las manos y de volver al trono.

Luego pusieron por turno los otros ladrillos en el umbral de la puerta el Cardenal Penitenciario Mayor y Monseñor el Ecónomo de la Fábrica de San Pedro.

Cuando los cantores terminaron el himno, Su Santidad cantó los versos y el *Oremus* propios de la solemnidad; apagándose al concluir los cirios. Entonó el *Te Deum* en acción de gracias, y al terminarse éste impartió desde el trono la bendición Apostólica, concediendo la indulgencia plenaria en forma de jubileo que fué promulgada por los Cardenales Diáconos asistentes en latín y en italiano.

Para la asistencia á la ceremonia se levantaron tribunas en el pórtico. En la de los soberanos se hallaban la Condesa viuda de Trani, nacida Princesa de Baviera,

la Duquesa de Sajonia-Weimar, el Duque de Alençon y su hijo, el Duque de Vendome, y el Príncipe Maximiliano de Sajonia. Veíanse allí también el Duque de San Martín de Montalbo, el Marqués y la Marquesa Marino, el Gran Maestre de la Orden de Malta, los Comendadores y Caballeros del Santo Sepulcro, y los miembros de la Junta Internacional del Homenaje á Jesucristo Redentor. En tribuna separada asistieron los periodistas católicos.

Los artísticos tapices de colores colocados detrás y á los lados del trono, representaban el Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, la Circuncisión, la Presentación en el templo, y la Adoración de los Magos.

Se quitó de la Puerta Santa la placa conmemorativa del Año Santo de 1775, para llevarla debajo de la cúpula al sitio en que se conservan las demás. En su lugar se colocó la de 1825, y en el de esta última la nueva, con una inscripción del tenor siguiente:

LEO XIII PONT. MAX
 PORTAM SANCTAM
 A LEONE XII PONT. MAX
 ANNO IUBILÆI
 MDCCCXXV
 RESERATAM ET CLAUSAM
 APERUIT ET CLAUSIT
 ANNO IUBILÆI MCM.

La ceremonia concluyó precisamente en los momentos en que las campanas de la gran Basílica daban las doce del día. Dispersóse la inmensa muchedumbre, sin

que se notara el más ligero desorden, de suerte que las precauciones tomadas por la autoridad civil para evitar cualquier incidente enojoso resultaron innecesarias.

Esto sólo demuestra que cuantas personas asistieron á la solemnidad fueron guiadas por un espíritu religioso; y que los peregrinos extranjeros, lo mismo que los habitantes de Roma, se unían con idénticos sentimientos. Allí sí que había *un solo rebaño con un solo pastor*: el pueblo católico sin distinciones y el augusto Vicario de Cristo.

Ese mismo día, con las prescripciones del ritual, se llevó á cabo la clausura de la Puerta Santa, en las otras tres basílicas mayores por los Cardenales Delegados *a latere*, de Su Santidad.

Presidió la imponente ceremonia en San Juan de Letrán el Eminentísimo señor Cardenal Satolli; en Santa María la Mayor, el Eminentísimo señor Cardenal Vanutelli, y en San Pablo el Eminentísimo señor Cardenal Parocchi.

Gloria in excelsis Deo fué el cántico de los ángeles, hace diez y nueve centurias sobre el humilde establo de Belén, y ese mismo es el que repite la Iglesia en la época presente. Con el perdón y la misericordia, fuentes purísimas de donde brotan raudales de gracias para la humanidad, el mundo cristiano se regocija y siente la paz prometida por el Divino Redentor.

Ha tocado á León XIII, al genio por excelencia, celebrar el año del jubileo, y al cerrarlo para Roma lo abre con pródiga mano para todo el mundo en los albores del siglo que nace.

¡Plegue á Dios que de este don se aprovechen los

extraviados, apartándose de los caminos que conducen al abismo, y se santifiquen más los justos para ejemplo de sus hermanos en la fe!

Entre los muchos pensamientos felices que se han emitido durante el Año Santo, señalaremos el que ha tenido el Círculo de la Inmaculada, y que ha merecido la aprobación del Santo Padre.

El citado Círculo ha mandado acuñar una medalla, que debe ponerse por las madres piadosas al cuello de



MEDALLA ACUÑADA EN ROMA
POR EL CÍRCULO DE LA INMACULADA.

los niños que nazcan durante todo el primer año del presente siglo, en el día dichoso en que reciban las purísimas aguas del bautismo.

Esta medalla tiene de un lado la efigie de la Virgen María y del otro la del Niño Jesús, que sostiene en sus manos el mundo, sobre el cual impera la cruz. ¡Qué idea más hermosa la de poner á los niños que entran en el áspero sendero de la vida, al comenzar la nueva centuria, bajo la protección de la Reina de los cielos, y de su Hijo dulcísimo que se hizo hombre para redimir á la mísera humanidad!

Fácil es obtener esta medalla, precioso recuerdo del siglo que nace, y es de desearse que no haya hogar cristiano donde no sea adquirida.

Brevemente hemos narrado la ceremonia de la clausura de la Puerta Santa que atrajo á la basílica de San Pedro un concurso numeroso. Los peregrinos mexicanos que la presenciaron tendrán de ella imborrable recuerdo, si como lo esperamos, se han fijado en su alta significación y si emprendieron el viaje á la Ciudad Eterna con espíritu de piedad, como lo recomendaron á la par que el Sumo Pontífice, los insignes pastores que forman el ilustre Episcopado mexicano.

Meditando estábamos aún en lo que acabábamos de ver, cuando recibimos una invitación del señor Comendador Angelini para la Noche Buena. El recuerdo de la patria y de la familia vino á nuestra mente con más viveza que nunca. Veámos con los ojos de la imaginación el poético *Nacimiento*, adornado por los niños con el heno de los bosques y con los juguetes que forman su encanto.

¡Quién hubiera podido volar con las alas de paloma, como decía Carpio, á través de los mares para escuchar los infantiles cantos de los niños que son la delicia del hogar y compartir con ellos sus inocentes alegrías!

Mañana ya que eso no era posible, acudiríamos presurosos á la cita de nuestro buen amigo, como acudimos en efecto, y á fe que de ello nos holgamos en gran manera.

En el colegio Máximo, distinguido plantel católico situado cerca de la Plaza de Termini, celebraron los alumnos la Noche de Navidad. La algazara infantil nos

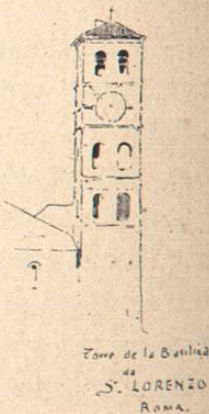
hizo retroceder á la época de los primeros años de la vida. Y es que todos los niños se parecen en sus goces inocentes, lo mismo los de la vieja Europa, que los de la joven América.

El colegio tiene una espléndida capilla, adornada con gusto y elegancia. En el centro del altar se levanta una hermosa estatua de la Virgen María, y debajo del ara, en preciosa urna se contempla el cuerpo de San Maximiliano.

A las doce de la noche, la capilla estaba literalmente llena de invitados. Un venerable sacerdote celebró la primera Misa de Navidad, vulgarmente llamada *de Gallo* entre nosotros. Un coro de escogidas voces acompañado por una buena orquesta cantó varios motetes que excitaron el fervor en el auditorio. El mismo sacerdote dijo las otras dos Misas propias del día, y en ellas continuaron los cantos religiosos que nos parecían cada vez más inspirados.

Después de recibir algunos obsequios nos retiramos altamente complacidos tanto de la finura del señor Angelini, como de las atenciones que se sirvió prodigarnos el sabio Rector de ese acreditado plantel.

Serían las tres de la mañana cuando nos fuimos á buscar en el sueño el descanso, no tanto del cuerpo, como del espíritu agitado durante el día por tantas emociones.



CAPÍTULO X

EL 25 de Diciembre, día festivo, lo empleamos en dar una vuelta por las avenidas principales de Roma, recorriendo el Corso Humberto I, que es hoy la arteria principal de la ciudad, por hallarse en ella los establecimientos mercantiles de más importancia. Por las tardes se ve tal número de carruajes que hacen sumamente difícil atravesar por allí de una á otra acera.

Menos concurrido y quizá más hermoso por su amplitud es el Corso Víctor Manuel. Hay en él también grandes casas de comercio y suntuosos edificios. Allí se encuentra la Legación Mexicana, elegante palacio que tiene en su portada, realzada sobre piedra, el águila nacional.

Visitamos al señor Ministro que lo es nuestro anti-